

**EL CARISMA CONCEPCIONISTA EN MADRE MERCEDES DE JESÚS:
RETORNAR A LA FUENTE DE LA SANTIDAD PRIMERA, QUE ES EL PROYECTO DEL AMOR
CREADOR DE DIOS PADRE.**

La obra del Espíritu Santo en Madre Mercedes consistió en insertar progresivamente la totalidad de su persona en una misión recibida, agradecida, discernida, sufrida y realizada en la obediencia y la fidelidad. Esta misión fue la renovación de la Orden de la Inmaculada, siguiendo el movimiento de «vuelta a las fuentes» que el Concilio Vaticano II proponía a todos los institutos religiosos. La tarea encomendada puede describirse de este modo: redescubrir en la experiencia de Santa Beatriz de Silva las fuentes de una espiritualidad concepcionista llamada a enriquecer a toda la Iglesia y a la humanidad de hoy. En palabras de la Madre Mercedes:

«Las directrices del Concilio Vaticano II sobre “la adecuada renovación de la vida religiosa”, Decreto *Perfectae Caritatis*, habían despertado con fuerza, en nuestro espíritu, el deseo de fidelidad a la Fundadora de la Orden, Santa Beatriz de Silva. Ella había fundado la Orden Concepcionista para el culto, amor y servicio de la Virgen Inmaculada, cerca de cuatro siglos antes de declararse dogma de fe este misterio, y después de donarse a María de por vida, consumiendo su existencia en su servicio, amor e imitación, dejó enmarcada la forma de vida de esta su Orden en el monacato, mediante la regla del Císter, que ella pidió y el Papa Inocencio VIII le aprobó. (...) La gracia del Concilio nos hizo entender que deberíamos retornar a la ascesis y al espíritu mariano de la Fundadora, y consecuentemente, nos decidimos a ello trabajando en nuestra “vuelta a las fuentes” con constancia y amor»¹.

Voy a comenzar elaborando una sumaria teología del *carisma*, proponiendo una definición. A partir de ella, meditaremos sobre el modo en que Madre Mercedes percibe el carisma concepcionista de Santa Beatriz de Silva, y sobre la relevancia de este carisma para la Iglesia y el mundo de hoy.

I. ¿Qué entendemos por «carisma»?

Según la mente de San Pablo, entendemos por carismas aquellas manifestaciones extraordinarias del Espíritu que marcaron de una forma tan particular los primeros desarrollos de la Iglesia: la profecía, el don de lenguas, el don de interpretarlas, la curación, el conocimiento de los misterios, etc². La Iglesia primitiva se veía confirmada en su fe y en su misión por la presencia en ella de multitud de dones carismáticos. Va tomando conciencia de que este ser agraciada con regalos tan extraordinarios significa la irrupción de una humanidad nueva en el mundo de la creación primera. Para comprender esta irrupción carismática de una humanidad regenerada, hemos de remontarnos a la historia del hombre en su relación con Dios tal como la delinea la misma Palabra divina.

El libro del Génesis, en el capítulo 2, nos muestra aquella escena tan entrañable en la que Dios Padre modela con sus propias manos el barro de la tierra para insuflarle su mismo espíritu o aliento de vida. Este aliento de vida en el hombre es la fuente de todos los carismas en el corazón mismo de la criatura humana. Significa que Dios ha

¹ SOR MERCEDES DE JESÚS EGIDO, *Hacia el amor perfecto. Desde el Monte Santo de la Concepción*, BAC, Madrid 1999, p. XI-XII.

² Cf. XAVIER DUCROS, *Charismes*, en *Dictionnaire de Spiritualité*, 2, p. 503-507.

pensado al hombre para ser receptáculo de sus carismas, templo de su santidad. La presencia de Dios en el hombre por el mismo espíritu divino tenía que hacer de él un ser plenamente feliz, participe de la felicidad de Dios, y un ser, podríamos decir, plenamente transparente: en Adán y Eva, habitados por el Espíritu, tenía que hacerse visible, también en el propio cuerpo, la correspondencia y la armonía entre el Dios creador, el mundo entero en su riqueza incontable, y el corazón del ser humano. Sin el pecado, el hombre habría sido como un arpa bien afinada que hubiera llenado el mundo de la armonía divina.

En este proyecto originario, que hemos perdido, se vivían en una perfecta conjunción aspectos que ahora, en nuestra experiencia de la vida después del pecado, nos parecen contradictorios:

- la pobreza y la riqueza. En el estado de vida del Paraíso el hombre se sabía pleno de vida, y, en este sentido, rico por la posesión del mundo y de todos los bienes; pero esta riqueza era fruto de la pobreza, en la medida en que el hombre sabía que todo lo tenía recibido, y poseía todos los bienes, y su misma vida, en cuanto que los agradecía y recibía en cada momento, en una pobreza radical, de las manos del Padre. No tener nada, sino serlo todo, ser ricos en todo por la pobreza de todo. El voto de pobreza o el consejo evangélico de la renuncia a todo es la “grapa” que, desde la Cruz de Cristo, mantiene unidas estas dos dimensiones en una existencia rota por el pecado;
- la renuncia y la fecundidad. Es el aspecto que nos parece más incomprensible, pero los Padres de la Iglesia insisten en él: el hombre sería fecundo en la misma medida en que renunciase a centrar su vida en el ejercicio de la genitalidad. La renuncia que hoy vivimos en el voto o el consejo de la castidad quiere mantener unidas, en el estado de naturaleza caída y redimida, estas dos dimensiones que están plenamente presentes en la Virgen María, las dimensiones de la renuncia y la fecundidad;
- y sobre todo, la libertad y la obediencia. Es el aspecto central. En el estado de vida paradisiaco iban juntas la libertad plena con la obediencia perfecta a la voluntad del Padre. El hombre se sentía plenamente libre en la medida en que cumplía la voluntad de Dios. El voto y el consejo de la obediencia, siguiendo el corazón mismo de Cristo que obedece al Padre, en el Espíritu, hasta la muerte en Cruz, quiere mantener unidas en la vida humana pecadora la unión de la libertad plena con la obediencia perfecta.

Nos puede parecer imposible unir estas dimensiones contradictorias, pero esta unión es el objetivo de toda la ascesis cristiana, de la vida de fe, esperanza y caridad. Podemos comprender algo de esta integridad de la vida en el proyecto original del Padre cuando pensamos en una vida vivida vivida con verdadero amor. Alguien que ama verdaderamente renuncia a lo propio y en esa renuncia se sabe poseedor de todo, porque tiene el amor; quien ama no centra su relación en las cosas ni en la genitalidad, ni en nada parcial, sino que afirma la persona en su totalidad. Quien ama, finalmente, obedece al otro, prefiere al otro a sí mismo, y si bien ese amor es más real cuanto más presente está el sacrificio por el otro, este aspecto de renuncia no se vive como sacrificio, sino como posibilidad de amar con más autenticidad. Una madre no consideraría sacrificio todo lo que debe hacer por el hijo, desde el dolor del parto a los sacrificios que impone la vida diaria en el cuidado de la vida de los otros. En un plano superior, porque es sobrenatural, podemos intuir también algo de esa integridad cuando cumplimos el

mandato de la Palabra divina de amar a Dios por encima de todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos. Porque es precisamente el amor el que mantiene unidas esas dimensiones de la vida que a nuestra psicología caída le cuesta unificar y sintetizar. De modo que, creciendo en el amor divino, el hombre en el Paraíso hubiera sido plenamente rico en la desposesión de las cosas, plenamente fecundo en la renuncia a sí mismo, y plenamente libre en la obediencia de amor a la voluntad y a las indicaciones del Padre. Para esto estaba capacitado con el “carisma” de la santidad original.

Pero el pecado supuso la cerrazón de la fuente de los carismas, como si el hombre hubiera cubierto con una gran losa (la losa del egoísmo) el manantial de la gracia. En el momento en que el hombre quiso hacerse a sí mismo el centro de todo, los carismas del Espíritu ya no fueron visibles, y el hombre perdió su integridad, es decir, buscó una riqueza que no estuviese basada en la pobreza radical de saberse recibido constantemente de las manos de Dios, buscó una fecundidad que fuera fruto del dominio sobre el otro, y buscó una libertad contrapuesta a toda obediencia y referencia a Dios.

Pero Dios, en su amor incomprensible, respeta la libertad, quiere ser acogido en libertad. Toda la historia posterior de la humanidad será el trabajo del amor de Dios por volver a conquistar la libertad del hombre, herida por el pecado. Es como si Dios deseara llenar de nuevo al ser humano de sus carismas, y no se resignase al silencio y escondimiento del hombre cuando, en el Jardín del Paraíso, le preguntó: «¿Adán, dónde estás?» (Gn 3,9). Esta pregunta resuena en cada página de la Antigua Alianza, y en la medida en que va creciendo la respuesta de amor del hombre, ayudada por la gracia divina, va aumentando también la donación de los carismas. Los profetas, predecesores del Señor, se van haciendo cada vez más íntimos al Espíritu, que al principio está «sobre» el profeta, pero progresivamente va ocupando la zona de su libertad entregada, de su interioridad, de su corazón: «os daré un corazón nuevo, os infundiré un Espíritu nuevo». En la Nueva Alianza, María es aquella creatura en la que resuena la voz curada de toda la humanidad y de todo el pueblo elegido. En su «sí» sin condiciones al proyecto original del Padre toda criatura encuentra de nuevo la vía hacia la plenitud querida por Dios, que es la plenitud del amor como obediencia transparente sin reserva alguna. María es Inmaculada, limpia de todo pecado, porque no tiene ninguna opacidad que le impida responder al plan de Dios. El sí de María posibilita la respuesta de toda criatura al Dios que nos llama. Ella ha abierto de nuevo la vía de los carismas, toda gracia de seguimiento del Señor sucede en el espacio abierto por el sí de María. Finalmente, el Hijo encarnado, que ya posee la plenitud del Espíritu por su concepción, en el bautismo en el Jordán recibe la plenitud del Espíritu sobre su humanidad en cuanto Cabeza de la Iglesia y de la humanidad redimida, de la nueva creación. Tras entregar el Espíritu en las manos del Padre y ser resucitado de entre los muertos, Él mismo derramó el Espíritu, como llevando a cumplimiento la primera creación del hombre, insuflándolo sobre aquella primera célula de la humanidad redimida que es la comunidad apostólica, la misma tarde de su resurrección de entre los muertos: «Sopló sobre ellos y les dijo: “recibid el Espíritu Santo”» (Jn 20,22). De este modo, todo carisma que recibe un miembro de la Iglesia es la extensión, la correspondencia eclesial con los carismas que rebosan de la carne resucitada del Señor, una participación en su misterio filial de obediencia y de plenitud del Espíritu. El carisma recibido es un principio de vida que tiene que reformar a la persona hasta convertirla en un anticipo, en este tiempo en que aún reina el pecado y la muerte, de la nueva creación, de la humanidad resucitada. El carisma renueva el Paraíso en el centro del tiempo que todavía vive las leyes de la creación primera, su inercia y su mortalidad, su tendencia al egoísmo y su cerrazón al

amor integral. Esto es la Iglesia en su conciencia carismática primera: anticipo de una nueva humanidad.

Pero la Iglesia primitiva vivió este aspecto con cierta aceleración, de un modo algo desordenado, que tenía que ser reconducido y discernido según la paciencia del tiempo de Dios. Tanta era la abundancia de carismas en las comunidades primitivas, que surgió la tentación de creer que el cristiano ya no necesitaba leyes, ni obediencia institucional, ni reglas morales de vida. ¿No estaremos ya en la era del Espíritu, de modo que tenemos que superar todo lo que en la Iglesia supone autoridad, jerarquía, comunidad visible, etc.? La gran labor de San Pablo fue poner en orden los carismas, descubriendo la ley carismática para toda la Iglesia: un carisma, aunque tenga como finalidad el enriquecimiento espiritual de la vida interior de una persona, llega a ser fecundo cuando está ordenado al bien común. Hay multitud de carismas, pero un solo Espíritu Santo. «Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo». Y el Espíritu Santo es el alma que unifica a la Iglesia y a la comunidad en el servicio mutuo y el servicio al mundo. Porque todo carisma ha de ser sometido al principio del Espíritu, que no es otro que el del amor perfecto. Rm 12,6; 1Cor 12, 4.9; 28; 30. «Aspirad a los carismas mejores, y aún os voy a mostrar un camino más excelente...» El amor cristiano. Recordemos las expresiones fuertes de la Carta a los Corintios, en el himno del amor (1Cor 13):

Ya podría hablar yo las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor no sería más que un metal que resuena o un címbalo que aturde.

Ya podría tener el don de profecía y conocer todos los secretos y todo el saber; y podría tener una fe como para mover montañas; si no tengo amor, no sería nada.

Y si repartiera todos los bienes entre los necesitados, y si entregara mi cuerpo a las llamas, pero no tengo amor, de nada me serviría.

El amor es paciente, es benigno; el amor no tiene envidia, no presume, no se engríe; no es indecoroso ni egoísta; no se irrita; no lleva cuentas del mal; no se alegra de la injusticia, sino que goza con la verdad. Todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

El amor no pasa nunca. Las profecías, por el contrario, se acabarán; las lenguas cesarán; el conocimiento se acabará. Porque conocemos imperfectamente, e imperfectamente profetizamos; mas, cuando venga lo perfecto, lo imperfecto se acabará. Cuando yo era niño, hablaba como un niño, sentía como un niño, razonaba como un niño. Cuando me hice un hombre, acabé con las cosas de niño. Ahora vemos como en un espejo, confusamente; entonces veremos cara a cara. Mi conocer es ahora limitado; entonces conoceré como he sido conocido por Dios.

En una palabra, quedan estas tres: la fe, la esperanza y el amor: estas tres. La más grande es el amor.

De este modo, los carismas, cuando son ordenados para el bien común, se convierten en riquezas del Espíritu con las que Dios Padre va dirigiendo la vida de la Iglesia hasta el momento en que el Señor vuelva.

En este marco teológico podemos insertar los carismas de los fundadores. En la historia cristiana, Dios Padre dirige enriqueciendo, muestra el camino regalando a su Iglesia un santo que abra una vía de santidad en el mundo, diversa en cada época y lugar, en cada situación en que se encuentre la humanidad eclesial. Los carismas son la enorme multiplicidad de aspectos de la simplicidad del Padre, como los colores que hacen bella a la creación son múltiples aspectos de la luz blanca, simple y trascendente. Cada carisma se convierte en una vía, un camino en la Iglesia, que muestra la infinita riqueza y fecundidad del Espíritu Santo, así como la grandeza de la respuesta originaria, fundadora, de María, que se multiplica también en numerosos

caminos para el amor cristiano. Hablamos así de carisma ignaciano, carisma contemplativo, carisma carmelita, carisma franciscano, carisma benedictino y cisterciense. Hay también carismas correspondientes con los estados de vida. El laico dispone de los carismas laicales, el casado del carisma para vivir el matrimonio como seguimiento de Cristo en la acogida mutua y la representación del amor de Cristo y de la Iglesia, el religioso del carisma de la fecundidad espiritual en la renuncia a todo, el sacerdote el carisma para la predicación de la palabra divina, etc.

Podemos intentar una definición sintética del carisma, para después estudiar cada uno sus aspectos en la vida y la misión de Madre Mercedes.

Definición del carisma: (1) Es un regalo del Espíritu Santo, (2) hecho a la Iglesia entera, (3) que compromete a la persona que lo recibe hasta expropiarla de sí misma, (4) de modo que la fecundidad de esta persona agraciada por el carisma se vierte en el mundo y en la Iglesia como una vía instituida de perfección evangélica.

II. El carisma concepcionista en Madre Mercedes.

(1) Es un regalo del Espíritu Santo

Charisma designa el objeto y el resultado de la *charis*, es decir, del favor divino: es un regalo, un don, don gratuito de Dios. Nos encontramos en el ámbito del regalo. Sin la conciencia de que vivimos en el ámbito del regalo es imposible mantener una fidelidad cristiana, sea en el matrimonio o en la vida religiosa. La exigencia de la regla de vida y de los compromisos es soportable porque la renuncia que todo esto requiere es la expresión de un saberse desbordados siempre por el don primero. Por eso, cuando la comunidad empieza a perder calidad en sus compromisos cristianos, el Apocalipsis llama, no a reforzar las leyes, sino a recuperar el amor primero. Volver a la regla primitiva de vida no tiene sentido si esta regla primitiva no es un “sacramento” para lo verdaderamente importante: el amor primero (Ap 2,4). De modo que la ley de vida y las reglas comunitarias dependen siempre del amor primero, del don del Espíritu. Hay que volver a la fuente para vivir la vida cristiana y religiosa con el gozo del Evangelio, como nos invita el Papa Francisco en su primera Exhortación Apostólica, *Evangelii Gaudium*. Porque una vida cristiana sin alegría no es vida cristiana. La paciencia cristiana, esa virtud que lo sostiene todo, se puede vivir sólo en la alegría, la paciencia del soportar es el otro aspecto de una alegría que nos desborda, porque es primera y fundamental.

¿Cómo se abrió Madre Mercedes al regalo del carisma? ¿cuáles son las vías de la experiencia de Dios por las que la Madre ha llegado a conocer y a acoger existencialmente su misión, y a encarnarla en el tejido de sus gestos personales de santidad? De la globalidad de los escritos de Madre Mercedes emerge una *figura teológica* y carismática coherente y se intuye una honda experiencia espiritual personal. Hay que señalar como característica fundamental suya la fidelidad a la Palabra de Dios y a las invitaciones de la gracia discernidas en la oración y en el constante diálogo con los representantes de la Iglesia y del Magisterio. De aquí nació a lo largo de su vida toda una teología objetiva del estado de vida de María Inmaculada, una contemplación del

significado para toda la Iglesia del dogma de la Inmaculada Concepción. No es este el lugar para analizar con detalle esta rica teología que subyace en toda la obra de Madre Mercedes, una teología que, a pesar de la diversidad señalada de los escritos, es unitaria y fuertemente sintética. No se da en ella un sistema elaborado, puesto que la fuente de la que bebe no es el estudio sistemático, sino más bien la meditación cotidiana de la Palabra de Dios, la atención a las inspiraciones del Espíritu en una profunda y continuada oración personal, los Documentos del Concilio Vaticano II y la experiencia espiritual directa en su propia alma y en el alma de los demás, sobre todo las hermanas de comunidad y las hijas novicias que tenía que dirigir.

Sin embargo, la ausencia de sistema no significa ausencia de estructura y de organicidad en su pensamiento. Bien al contrario, sorprende cómo una mujer sin más estudios que la educación primaria, sin preocupación por el estilo ni por la composición, ha podido llegar a una profundidad teológica tan grande y tan transparente, aun en medio de tantos trabajos, dificultades y enfermedades. Se entrevé en su figura una existencia en la gracia sobrenatural que se ha dejado invadir y mover por los dones del Espíritu Santo, entre los que destaca la sabiduría o integridad de una caridad vivida en una alegría paradisíaca, con un gran espíritu de fe y una esperanza verdaderamente «contra toda esperanza» que le ha llevado a transformar lo arduo en realización eclesial.

Esta es la impresión que queda después de leer sus escritos: luminosidad, posesión interna por una idea muy enraizada en la experiencia espiritual personal, que ella va desarrollando en todos sus aspectos y consecuencias, sin variar acentos a lo largo de toda su vida. Da la impresión de que todo está maduro desde el principio, y toda la labor de escritura es el intento de reflejar la gran luz que vive en ella desde todos los ángulos posibles, en un esfuerzo de fidelidad a la misión recibida. Estos rasgos de claridad, maestría interna, lucidez en la visión espiritual de lo que en ella ha engendrado la Palabra divina, nos muestran un alma limpia, cristalina, sin rudezas ni oscuridades, profunda conocedora del alma humana, comprensiva con todas y exigente al mismo tiempo consigo misma y con la dirección de la vida de la Orden y de las hermanas que le han sido encomendadas.

En Madre Mercedes, la experiencia subjetiva constituye una verdadera *fuentes* de la que ella bebe continuamente y a la que siempre vuelve, no sólo para confirmar las líneas de su misión y de su visión teológica, sino para darles forma y adquirir certeza. Recuértese que no es una mujer primariamente intelectual, sino de un carácter vital muy marcado. No es de extrañar que la experiencia de los frutos de la gracia en el crecimiento de su vida interior (los dones y frutos del Espíritu Santo que llegó a vivir con tanta plenitud y simplicidad) se vayan convirtiendo en ejes fundamentales que le van indicando su misión y la profundidad del carisma que intuye. Sin embargo, está lejos de tener una perspectiva subjetivista, y huye del mero autoanálisis psicológico. Lo muestra la voluntad expresa de someter todo lo que ella vive al discernimiento de la Iglesia, ejercido por sus pastores y por el director espiritual, que representa para ella la voz de la Iglesia. No se encierra, por tanto, de un modo rebelde en la voz de su conciencia, sino que acude humildemente, pero con valentía y convicción, al fondo de sus experiencias, que ella misma considera de carácter místico.

Se muestra en sus escritos una experiencia continuada de carácter trinitario: unión con el Padre como fuente y origen de la vida, hasta la identificación con Él en el momento de la creación; amor que se comunica y quiere la felicidad de infinitas criaturas; experiencia de la unidad entre el Redentor y su redimida, participando de la misma vida; intuición profunda de las vías del Espíritu Santo para santificar al alma, y de la necesaria fidelidad a su acción de gracia. Desde aquí, con una afectividad totalmente orientada en sentido trinitario, la Sierva de Dios propone unas líneas de

teología espiritual que resultan preciosas, y concuerdan con las enseñanzas de los más grandes místicos. Incluso aquello que podría aparecer como más extraño, la experiencia de identificación con Dios Padre en su ser origen puro de la vida, tiene también un profundo carácter mariano: es el reflejo en la Maternidad de María, hacia Cristo y hacia toda criatura, de la Paternidad originante de la Primera Persona de la Trinidad. Hay en esta mística una riqueza mariológica profundísima, que merecería la pena sondear para comprender en hondura la raíz del carisma entrevisto en Beatriz de Silva y vivido en radicalidad y simplicidad por la Sierva de Dios Mercedes de Jesús.

(2) hecho a la Iglesia entera

A la Iglesia entera y para la Iglesia entera. Por eso no tiene sentido que un grupo cristiano reivindique su propio carisma y su propia espiritualidad *frente* a los otros carismas o las otras espiritualidades. Las espiritualidades cristianas no son exclusivas, sino inclusivas. Como son don del Espíritu, reflejan en su particularidad los colores de todos los demás dones del Espíritu, de las otras llamadas y los otros caminos. Por ejemplo, no se puede vivir un matrimonio como cristiano si no se ve reflejado y enriquecido por el carisma de los religiosos, no se puede vivir la consagración religiosa si no se ve el espejo de la propia vida en la fecundidad de los casados, porque ningún cristiano, y ningún carisma, vive para sí mismo, sino para edificar el bien común en la comunión de los santos. En realidad, existe sólo una espiritualidad fundamental, que es la Espiritualidad cristiana, la respuesta de María, que es la esencia de la Iglesia. En nuestro caso, si existe la espiritualidad concepcionista, es como reflejo de la única espiritualidad eclesial: la recepción del Espíritu Santo como Esposa eclesial del Verbo del Padre. La espiritualidad concepcionista tendrá sentido y fecundidad cuando se despoje de sí misma y refleje este núcleo y corazón de toda espiritualidad cristiana, cuando se viva como ofrenda a la vida cristiana de toda la Iglesia y al crecimiento interior de todo hombre y de toda criatura en la dirección del proyecto originario del Padre sobre el mundo. En el Oriente cristiano, los monjes se saben no un grupo separado por leyes propias, sino un espejo de ejemplaridad bautismal para todos, como ha puesto de relieve Juan Pablo II en su Carta Apostólica *Oriente lumen*, nº 9-16.

Otro aspecto de este carácter eclesial de todo carisma es que, en cuanto don del Espíritu, la Iglesia entera se ve obligada a recibir y cuidar el carisma. La Iglesia no inventa sus carismas, sino que los recibe como un regalo. No inventamos los santos que queremos, con nuestros proyectos sociológicos y nuestras ideologías, sino que recibimos al santo que Dios quiere darnos en cada momento preciso. Esto conlleva siempre en la historia de la Iglesia una tensión entre la conciencia carismática y la institución, o las vías ya instituidas de los otros carismas. Somos reacios a renovar, cambiar, reformar... Pero la Iglesia acaba agradeciendo los carismas recibidos, después de probarlos en el discernimiento de espíritus.

(3) que compromete a la persona que lo recibe hasta expropiarla de sí misma

El carisma potencia la personalidad propia en cuanto que la expropia de sí misma. Quien recibe un carisma sabe que no es dueño del don recibido. La maduración personal del que recibe el carisma es una maduración en la línea cristológica de la obediencia: la identificación progresiva de su propia persona con la misión recibida. El santo es, en realidad, aquel que se ha identificado con el anonimato eclesial, uno más de

la Iglesia, para poder representar a la misma Iglesia, que no es ella misma nada independientemente de su Señor, sino mera referencia al Esposo, mirada a la Cabeza. El santo es más él mismo cuanto menos es él, se gana para la Iglesia cuanto más se pierde a sí mismo. Vamos viendo que el carisma concepcionista es muy hermoso, y coincide con el centro de la misma espiritualidad cristiana eclesial. María es pura receptividad a la Palabra divina, ausencia de obstáculos al proyecto del amor del Padre, y por eso es alma de la Iglesia. Vivir bajo la advocación de María Inmaculada significa situarse, o mejor, ser situados, en el corazón de la Iglesia y de la creación renovada, para servir de transparencia y mediación al proyecto divino sobre el hombre. La dificultad está en este no subrayarse a sí misma de la Virgen María, no ponerse como pantalla entre Dios y la humanidad, no reivindicar lo propio, sino expropiarse en el anonimato, el silencio y la entrega en las manos del Padre.

No reivindicar, sino presentar y obedecer, en la audacia del santo. Este fue el camino de Madre Mercedes. Cómo extrañarnos de las tardanzas en la realización del carisma, de las indecisiones e inercias... El camino lo lleva el Señor, y dará el fruto que quiera el Señor, y cuando el Señor quiera.

Como se puede observar recorriendo detenidamente sus páginas autobiográficas, o bien mirando desde fuera la constancia con la que, desde el principio de su intuición de la «vuelta a las fuentes», lleva adelante lo que considera una obra eclesial, la rica personalidad de Madre Mercedes se fue centrando progresivamente en la misión realizada, hasta el punto de identificarse ambas dimensiones, la persona y la misión. No quedan restos de su persona que estén fuera de la misión, y esta misión centra y equilibra progresivamente una personalidad ya de por sí rica y equilibrada, aunque al principio algo desbordante. Sin embargo, no se percibe que esta misión sea el fruto de un deseo de destacar o de dejar un nombre. La larga etapa de purificación que describe en sus escritos autobiográficos, que la lleva a una muerte progresiva a sí misma, a su «yo prevaricador», la predispone para entregarse enteramente a la renovación de la Orden de la Inmaculada, tarea que consumirá todas sus energías, pero que no la hundirá en la tristeza y la desesperanza cuando arrecien las dificultades y se haga muy dura la extraña inercia y tardanza que a sus ojos está conllevando la fructificación de la obra. Significa que está poseída por una idea que intuye profundamente, y de la que está hondamente enamorada. ¿Cuál es esta visión?

La tarea es recuperar el carisma originario de Santa Beatriz de Silva, carisma que caminó, desde el principio de la fundación de la Orden, por unas vías distintas de las que Santa Beatriz estaba llamada a inaugurar. No me toca juzgar la justeza histórica de esta visión de los caminos de la Orden que tenía Madre Mercedes. Sólo constato que su visión personal no se alza en contra de ninguna otra orden ni de otras personas, sino que se propone desde sí misma, descansando en sí misma esta visión, eso sí, en un anhelo combativo de libertad espiritual por obediencia al carisma (esto es más importante que una mera obediencia a la historia: no se trata ni de mera arqueología ni de angustiada e impotente negación de lo que la historia ha conllevado).

Lo que creo poder ver, y propongo al mismo tiempo al discernimiento ulterior, es cómo, a pesar de los múltiples estudios históricos que la Sierva de Dios llevó a cabo e inspiró en otros para poner en claro el carisma originario, la conciencia de la originalidad de este carisma no es en ella el fruto de un estudio sistemático y comparativo. Esto vino después. Lo curioso es que, tras la llamada del Concilio a los institutos religiosos –en el documento *Perfectae caritatis* (el *Amor perfecto* que constituye el punto de mira de su obra fundamental)– a la «vuelta a las fuentes» según el espíritu de los fundadores, emerge enseguida en ella, como de una raíz muy honda, la

conciencia de la misión en la Iglesia de Santa Beatriz de Silva, y los perfiles de un carisma definido, limpio y claro teológica y espiritualmente. Son muy claras las palabras con las que Madre Mercedes describe la realidad del carisma que se trata de hacer “reverdecer”:

«Según la teología de la vida religiosa, la experiencia del fundador o fundadora es una vocación carismática o experiencia de algún modo mística, por la cual ellos son simultáneamente introducidos en el misterio de Cristo y de la Iglesia. Es una aceptación, una captación del signo de los tiempos, una visión profética por la cual ven la historia presente de la Iglesia bajo la luz de la historia de la salvación.

El aspecto del misterio de Cristo y de la Iglesia en el cual ellos son introducidos, mejor dicho, se sienten introducidos, es simultáneamente el aspecto de Cristo y de la Iglesia más urgente y necesario para aquel tiempo concreto. Es una experiencia religiosa y una misión que debemos realizar»³.

Tenemos pocos datos históricos, y muy poco escrito de Santa Beatriz. Sin embargo, Madre Mercedes parece tener un conocimiento del espíritu de Beatriz y del significado de su consagración y de su fundación religiosa que parece bebido directamente del alma de la Santa, en una íntima compenetración o intuición espiritual. No es extraña en la historia de la espiritualidad y de la vida cristiana esta íntima compenetración entre un santo del pasado y una persona agraciada con una intuición espiritual que se convierte en conocimiento y comprensión del alma del otro, a la luz de Dios. Pienso en la clarividencia con la que, por ejemplo, una gran figura espiritual de nuestro tiempo, también bajo el juicio de la Iglesia, Adrienne von Speyr, sabe comprender el alma de los grandes fundadores y santos, volver a decir sus más íntimas oraciones y captar la actitud más profunda de su oración ante Dios⁴, o ésta misma sabe formular el carisma del Apóstol San Juan para una nueva fundación en la Iglesia⁵, encarnando ese carisma al mismo tiempo que lo representa y lo esclarece. Es la dinámica profunda de la comunión de los santos. En la comunión de los santos, cada persona que ha recibido un carisma no es un corredor de fondo que tiene que aguantar solo la durísima carrera para llegar a la meta persona, sino un corredor en una carrera de relevos, que debe pasar el testigo al siguiente corredor. La tarea recibida por los santos no está completa en su propia vida, por eso cada carisma abre la vía a tantas personas que, en generaciones sucesivas, ejercitan, ponen a prueba y desarrollan el carisma primero, lo reinventan para cada nueva situación. Los santos se justifican en sus hijos, y los hijos llevan a cumplimiento la vida, siempre limitada a pesar de la santidad, de los fundadores.

Creo que lo que sucede en el alma de Madre Mercedes es un caso semejante: en su propia alma sabe comprender el alma de Santa Beatriz, y en ella, como en un espejo, descubre los rasgos de María. Y este será el camino interno que la Sierva de Dios no dejará de recorrer, precisamente en el interior de la comunión de los santos: de su propia alma al alma de Beatriz, del alma de Beatriz a la de María Inmaculada, de María Inmaculada, sobre todo, al corazón del Padre. Y viceversa, en toda ocasión y en todos sus escritos. De este modo, con esta misma continuidad especular en la comunión de los santos, los escritos de la Sierva de Dios pasan constantemente y sin dificultad de uno a otro de los grandes momentos teológicos: de la Trinidad al proyecto creador, del pecado

³ MADRE MERCEDES DE JESÚS EGIDO, *Ejercicios Espirituales*, BAC, Madrid 2005, p. 217.

⁴ Cf. ADRIENNE VON SPEYR, *Das alleheiligen Buch*, 2 vol., Johannes Verlag, Einsiedeln 1966, 1977.

⁵ Cf. H.U. VON BALTHASAR, *Una primera mirada a Adrienne von Speyr - ADRIENNE VON SPEYR, Oraciones marianas. Textos de la obra póstuma. Cuaderno de temas*, Fundación San Juan - Ediciones San Juan, Rafaela-Madrid 2012.

a la redención, de la mariología a la espiritualidad, del carisma de Santa Beatriz al misterio central de la Inmaculada concepción de María, de la Cruz del Señor a la herida del corazón del hombre, llamado a dejarse transfigurar por el Espíritu y a caminar por medio de la vida cristiana en su misma dirección.

Desde todo lo dicho, no considero, pues, extraño, a pesar de la falta de evidencias externas, constatar la hondura y la autenticidad con la que la Sierva de Dios conoce, comprende y revive la figura y el carisma de Beatriz de Silva, hasta representar este mismo carisma en las fibras más hondas de su persona, de su afectividad, de su visión del mundo y de la Iglesia, de su modo de orar al Dios Trinidad, y atreverse a proponerlo limpiamente a la consideración de la Orden y de la autoridad de la Iglesia para reverdecerlo en el presente, consiguiendo incluso el reconocimiento eclesial.

El carisma de Santa Beatriz lo intuye Madre Mercedes, y así lo expone siempre cuando hable de la «espiritualidad concepcionista», como un retorno a la santidad primera con la que el Padre había creado al hombre, tal como se refleja en la Persona sin pecado de María Inmaculada. La «vuelta a las fuentes», que conllevará todo un trabajo de reformulación de los objetivos espirituales de la Orden de la Inmaculada, y de reconducción canónica de esta misma Orden a las características del monacato (la primitiva acogida cisterciense de la fundación de Santa Beatriz), tendrá como objetivo profundo otra «vuelta a las fuentes» de carácter evangélico pensado en radicalidad: es la vuelta a la fuente del Paraíso, el retorno a la vida de armonía, paz, «no violencia» (insiste mucho en este aspecto tan actual), del hombre con Dios y sus semejantes ante la primera mirada del Padre. Este objetivo resume todo el mensaje y toda la obra de Madre Mercedes, en los que la Persona de Dios Padre y la intuición de su amor creador tienen un puesto de primerísima importancia. Y tampoco esta visión es algo nuevo en la Iglesia, sino que responde sorprendentemente a la inspiración de fondo de la teología espiritual, ascética y mística, de los Padres, especialmente orientales. Véase con detalle la correspondencia del ideal de la «espiritualidad concepcionista» con las líneas en las que Anselm Stolz descubre la esencia de la espiritualidad cristiana tradicional, en su libro *Teología de la mística*⁶. O repásense los números 9-16 de *Oriente lumen*, un verdadero itinerario espiritual inspirado en la tradición monástica oriental, válido para cualquier cristiano, y concorde con el ideal de una «espiritualidad concepcionista».

(4) de modo que la fecundidad de esta persona agraciada por el carisma se vierte en el mundo y en la Iglesia como una vía instituida de perfección evangélica

Considero importante, para juzgar de la santidad de una persona y de su obra, preguntarnos por su resultado objetivo para toda la Iglesia. En los logros producidos por la gracia y ofrecidos a la recepción eclesial como un camino practicable de santidad, ¿hay un mensaje característico para el tiempo que vive hoy la Iglesia, un acento insustituible que enriquece la vida cristiana y puede ser considerado, por eso, como un carisma, una gracia del Espíritu para nuestros tiempos?

Este carisma al que la Sierva de Dios quiere retornar no es un espejismo producido por un apego de anticuario a las originalidades históricas, sino que es considerado por ella como una propuesta urgente para la Iglesia y para el mundo de hoy. Y aquí hay también un elemento de discernimiento teológico positivo: la actualidad y fecundidad del carisma propuesto y representado por Madre Mercedes. Actualidad no significa triunfo, ni siquiera expansión, sino sólo llamada (con la delicadeza, la

⁶ A. STOLZ, *Teología de la mística*, Patmos, Madrid 1948; ID., *L'asceti cristiana*, Morcelliana, Brescia 1944.

discreción y el silencio de los contemplativos) al corazón de la Iglesia y a los hombres de buena voluntad que quieran escuchar, hacia unos aspectos y acentos que pertenecen a la obra del Espíritu con el hombre de hoy y de mañana. Y, en este sentido, creo que los escritos de Madre Mercedes saben llegar al corazón de la crisis espiritual de nuestro tiempo. La visión profunda de Madre Mercedes:

- sabe ver la pérdida del sentido del Padre que caracteriza la época moderna, y no dejará de invitar a la simplicidad de su amor originario: la vuelta a la santidad como retorno al Padre;

- sabe ver la crisis de la afectividad contemporánea como elemento del alejamiento de Dios, y por eso el carisma propuesto se centra en la limpieza de la afectividad y la curación del corazón humano, llamando sobre todo a los más jóvenes;

- sabe ver la cuestión del puesto de la mujer en el mundo y en la Iglesia de hoy, y por eso presenta una figura fuerte de feminidad, transfigurada en la santidad: la mujer que, en la superación del pecado, llega a cooperar con el Padre en el origen mismo de la vida, natural y sobrenatural, uniéndose a su Principio santo por la ascesis de la espiritualidad concepcionista, es decir, de la vida mariana.

- sabe ver cómo, en el plano teológico, la mariología es más que un tratado secundario o específico, sino más bien el catalizador o espejo de la visión evangélica completa de Dios, del mundo y del hombre. Coincide en esto con la tarea de la mariología en el presente. Aunque ella no desarrolla una mariología teórica, la profunda visión que tiene Madre Mercedes del puesto que ocupa María Inmaculada en el proyecto de Dios se convierte en ella en una afirmación de la dignidad insustituible del ser humano, en un espejo de la esperanza antropológica. En este sentido, los acentos marianos de la espiritualidad de la Sierva de Dios guardan un enorme potencial de fecundidad y revitalización, no sólo para la mariología, sino también, a instancias del Concilio, para la eclesiología (María como Madre de la Iglesia y corazón mismo, contemplativo, de la Iglesia) y, sobre todo, para la pedagogía espiritual en nuestro tiempo: la regeneración del corazón del hombre por la paternidad/maternidad espiritual.

El medio propuesto por Madre Mercedes (representando y renovando al mismo tiempo el carisma de Santa Beatriz de Silva) para sembrar en la Iglesia y en el mundo la llamada a la santidad originaria es la misma vida monástica, que en su visión se convierte en fuente fecunda de apostolado cuando se vive en su autenticidad, siendo precisamente lo que debe ser: lugar de silencio⁷ y Paraíso donde se respira -y se transpira para el mundo y la sociedad, desde el corazón de la Iglesia- la atmósfera de Dios. El alma de esta vida monástica soñada, reconstruida con esmero, experimentada con paciencia y con gran espíritu de penitencia, no es otro que la vida litúrgica y la acogida de la Palabra divina.

A este respecto, sorprende en los escritos de Madre Mercedes la presencia continua de la Palabra de Dios, leída íntimamente en el espíritu de la lectio divina de los Padres. Está en completa sintonía con la Palabra divina y con el ritmo de la liturgia, se ve que la Palabra constituye su alimento fundamental y continuo. Sabe proponer lecturas siempre nuevas y descubrir la concordancia del itinerario espiritual, tanto de su

⁷ Cf. el maravilloso escrito de la Madre Mercedes sobre *El silencio* (Archivo del Monasterio de Alcázar de San Juan, **Caja 35 f. 2**), una joya de contemplación y un resumen de la serenidad con que contempla la Madre el aspecto de la estabilidad divina reflejado en el ritmo austero y silencioso de la vida monástica.

propia alma como de la obra de renovación del carisma y de su misma proposición, con la vida interna que corre en cada versículo y aun en cada palabra de la Escritura. Su estilo, que cuando se deja llevar por sí misma tiende al moralismo y a la repetición, y al que le faltan a veces los términos adecuados, se vuelve limpio y concreto cuando comenta versículos de la Escritura o alimenta con ellos su visión espiritual, que transcurre entonces en íntima sinfonía con el Espíritu que inspira la misma Palabra. De una gran calidad y finura teológica son los pequeños comentarios con los que introducía el rezo de los salmos y la escucha de la lectura breve en el oficio de vísperas, abierto a la participación de los seglares⁸. ¡Ojalá pudiéramos volver a enriquecernos con esta oración compartida, acompañada de los comentarios de la Sierva de Dios!

Con todo esto, la figura objetiva de Madre Mercedes resplandece como una mujer equilibrada en activa aspiración a la santidad, identificada progresivamente con su misión eclesial, hasta el punto de representar para la Iglesia y el mundo de hoy la actualidad de un carisma enraizado en el misterio mariano de la Iglesia y en la comunión de los santos. Es esta *communio sanctorum* la que los hace vivos para nosotros, al mismo tiempo que nos hace contemporáneos suyos y representantes, portadores, vicarios de su misma misión: el reflejo humano de la santidad divina, fuente y anhelo último de la felicidad y realización del hombre. Considero que el resultado global de la obra de Madre Mercedes es un verdadero regalo de la gracia para la Iglesia de hoy, comenzando con la Iglesia Diocesana, a la que tanto amor manifiesta en sus escritos y en la que quiso enraizar su renovación monástica.

En conclusión, el carisma concepcionista es un regalo para todos los creyentes, una invitación a la contemplación silenciosa del misterio del amor divino manifestado en todo el proyecto paterno de creación y redención del hombre.

Es impresionante ver con los ojos cómo se refleja, para la cotemplación de los fieles, este carisma en el grupo escultórico del presbiterio de la iglesia de vuestro monasterio. Detengámonos en la contemplación del centro, que es Cristo, en los brazos del Padre, que presenta a María Inmaculada este tesoro crucificado de su amor redentor como camino que reinaugura el proyecto originario de la santidad primera. A esa santidad cristológica ha sido llamada, para ella ha sido concebida sin pecado alguno, sin oscuridad, sin opacidad. Para esta tarea recibe el Espíritu como carisma que la hace «pneumatófora», portadora del Espíritu de Dios como primicia de la humanidad redimida. De la deformidad de Cristo, de su ausencia de forma (¡es un cadáver traspasado!), de su herida, adquirimos nuestra forma. De su silencio brotan todas nuestras palabras. Por eso lo primero en la vivencia del carisma concepcionista es la contemplación, entendida como pasividad del dejarse con-formar, dar forma, configurar. María es la artista de Dios, que sabe interpretar la forma de la obediencia del Hijo y plasmarla maternalmente en nuestras vidas de consagrados o de bautizados. Porque en todos tiene que hacerse realidad la «forma de Cristo».

⁸ Archivo del Monasterio de Alcázar de San Juan, **Caja 35 f -Carpeta 1: Diversos escritos espirituales de Madre Mercedes de Jesús** 6) Dos ejemplares de libretas de notas (189 el primero; 169 el segundo) en las que introduce la liturgia de las horas, generalmente la oración de vísperas, desde el miércoles de la V semana del Tiempo Pascual y, consecutivamente, desde la IX semana del T.O. hasta el lunes de la XXXIII semana del T.O.